

NUEVO DESCUBRIMIENTO DE

ASOMBRABA a los provincianos, en su primer viaje a Madrid, la Puerta del Sol transitada permanentemente, desde el amanecer hasta la alta madrugada, sin que nadie hubiese logrado verla desierta. Era un fenómeno excepcional y nadie podía sospechar que en los años en que nos ha tocado vivir, España se convirtiera en algo así como en una Puerta del Sol nacional, con autopistas colapsadas de automóviles, fincas salvajes convertidas en urbanizaciones con piscinas y ni una sombra libre entre tantas como proyectan los pinos de las serranías ibéricas.

En el verano, los periódicos publican panorámicas de Madrid desierto, junto a playas donde se hacían los bañistas, sin la posibilidad de que pueda verse un metro cuadrado de arena dorada. Mingote, que

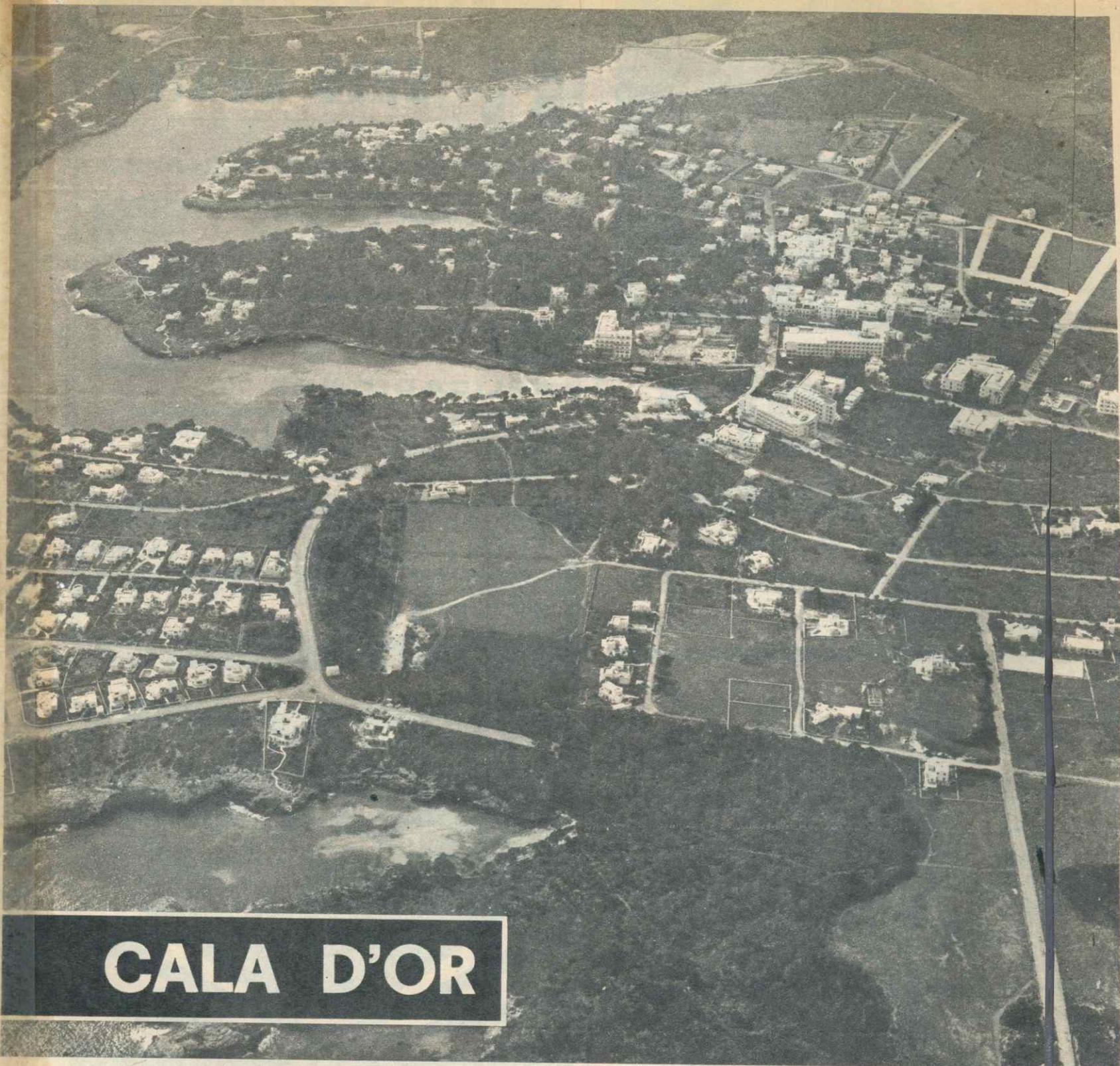
detecta con su lápiz los temas más característicos de nuestro tiempo, se ha ocupado de éste en varias ocasiones.

Habíamos llegado al convencimiento de que ya no eran posibles nuevos descubrimientos de playas solitarias, cuando a sesenta kilómetros de Palma de Mallorca, camino de Santanyi, hallamos lo insólito: Cala d'Or. Pocas veces resultará un nombre más exacto que el de este pueblecito balear.

Lo descubrió en 1932 el anticuario ibicenco don José Costa Ferrer, que ya por aquel tiempo pensaba en retirarse. Arribó en Cala Llonga—que con Cala Gran y Cala d'Or forman conjunto armónico—, y mientras escuchaba el canto de los pájaros, como aquellos que debieron poblar el Paraíso en la primera mañana de la Creación del Mundo, contempló absorto el agua

del mar, que era verde esmeralda, transparente como piedra preciosa. Comenzó a caminar entre los tupidos pinos sin hallar rastro humano, hasta que al cabo de larga caminata distinguió una barraca blanca, colgada de un acantilado. La habitaba un pescador solitario, como aquel de Hemingway, que le recibió extrañado de que alguien acertase a llegar hasta allí. Era como un Robinsón, y cuando supo que don José Costa pretendía instalarse en la Cala, le ofreció en venta la casi totalidad de sus terrenos, como para que desistiese.

El arquitecto Bellini proyectó un plan de urbanización general que fue interrumpido por los acontecimientos de la guerra civil. La primera casa de estilo ibicenco-mallorquín fue la que se construyó Verburgh, pintor belga famoso, iniciándose lo que luego sería Arcadia de grandes artis-



CALA D'OR

tas de las más diversas nacionalidades.

En la actualidad, Cala d'Or puede señalarse como ejemplo en cuanto a urbanismo, y en este sentido, Cayetano Luca de Tena, escritor muy viajero, dijo que Cala d'Or era «pionero y modélico», y se refirió a su «reverencia estética».

La urbanización más importante está situada entre Cala Esmeralda y Cala Gran. Cada casa enclavada es un prodigio de buen gusto y emerge en medio de una vegetación espléndida. No hemos visto en ninguna región peninsular la variedad de flores que animan el paisaje de Cala d'Or. Después de caminar por sus calles residenciales, silenciosas y limpias, nos asomamos a lo hondo de sus cañadas: el mar está allá abajo, como un espejo del paisaje en el que parece posible que también podamos mirarnos nosotros. Y al descen-

der entre la vegetación espesa, la diminuta cala nos acoge en el silencio puro de su virginidad. No hay rastro de vida humana en sus contornos. El crepúsculo tinte las limpias aguas de la cala de azul, grana y oro. Y recordamos los versos de Rubén, que a principios de siglo empapó sus ojos en el azul de estas costas.

Hay un mar tan azul como el Partenopeo y el azul celestial, vasto como un deseo, su techo cristalino bruñe con sol de oro. Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.

En este rincón donde «todo es alegre, fino, sano y sonoro», logramos experimentar el gozo primitivo de estar solos en medio de la Naturaleza, que aquí parece recién creada.

Al regresar a Cala d'Or, vemos en la raya que hace el mar en el horizonte el

ir y venir de los barcos de recreo. Por el camino, entre rocas, regresa, después de larga jornada de trabajo, un equipo germánico de hombres-rana, cargados con las botellas amarillas de oxígeno y provistos de cámaras apropiadas para la filmación del mundo submarino.

Además de grandes personalidades como Marc Bernard, el escritor francés Premio Goncourt, han fijado su residencia en Cala d'Or gran número de extranjeros procedentes de los más diversos países. Durante el verano, y en el largo otoño de Cala d'Or, el turismo—en gran parte alemán, inglés y francés—pone una nota de cosmopolitismo en las calles blancas de este lugar donde el ambiente es todavía tranquilo y apacible, como sus aguas verdes y aterciopeladas.

Marino GOMEZ-SANTOS